

## Residuos

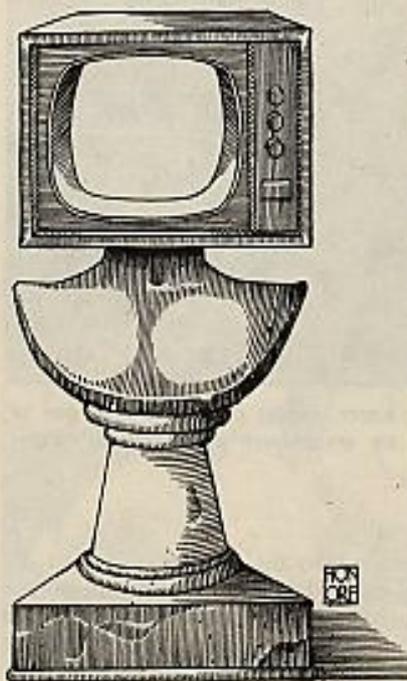
# CONSIGNA QUE ALGO QUEDA

R. MUÑOZ SUAY

**E**XISTE una tradición de pensamientos, proverbios, sentencias, aforismos, máximas, apotegmas y demás reflexiones más o menos breves que han florecido a todo lo largo de la historia de la humanidad y que, desde siempre, hemos traspasado de siglo a siglos. Oriente y luego Occidente han cultivado los apotegmas, unas veces atribuidos a divinidades o a magos representantes o delegados de ellas

y otras a escritores, sabios y santos, que, en más de una ocasión, se han hecho célebres, sobre todo por sus breves sentencias. Pero esas reflexiones que casi siempre han correspondido al mundo de la moral, la mayor parte de las veces no han traspasado los muros de los santuarios, de las bibliotecas o de los centros universitarios. En ocasiones, cuando las iglesias las han utilizado lo han hecho ambientando sus lecturas públicas con las liturgias de la magia en los claroscuros de las reflexiones colectivas, de los rituales comunitarios.

Pero lo que sí es un fenómeno si no de estos días si de estas últimas épocas es la aparición de principios breves, cortos, sentenciosos, en boca de los guías de pueblos y transformados por ellos en consignas movilizadoras. Nada hay más ridículo que esas imágenes cinematográficas de los rostros de los dictadores que tras decir una frase rotunda, corta, simple y tópica en público miran después a las muchedumbres alineadas ante ellos y vuelven sus ojos hacia el Altísimo, reconocidos por la gracia divina de sus simplezas y agradecidos por las ovaciones de sus seguidores. Las sentencias (casi siempre de muerte) de esos guías son entre sí tan parecidas que sólo las referencias al Estado, o a la Patria, o al Partido, o a la Religión o a la Secta suponen alguna variante más o menos matizada. Por eso es fácil jugar con un «puzzle» en el que sólo son cambiantes los «atrezos». Por ejemplo ese de la gran panorámica de la Puerta de la Paz Celeste en la que más de un millón de chinos agitan cada uno de ellos por cima de sus cabezas un librito rojo frente a la casi inmóvil figura del Gran Timonel, con el resultado de que cuando nos acer-



camos a las tapas de esos breviarios leemos en ellas: «José María Escrivá. Camino. Madrid, 1957», por ejemplo. Aunque estas traspolaciones, como está claro, pueden ser infinitas y los manuales y demás recetarios de la cocina universal pueden situarse, en intercambio, en diferentes lugares y bajo cielos diversos.

Da lo mismo. Pues si el Padre Escrivá dice que «no hace falta que —las mujeres— sean sabias, basta que sean discretas», Mao opina que «nuestra tarea esencial en el dominio de la producción agrícola es organizar el empleo racional de la mano de obra y de llevar a las mujeres a participar en

la producción», de la misma forma que Jomeiny dicta que «está prohibido mirar a otra mujer que no sea la propia, a un animal o a una estatua de manera sensual o lúbrica» y Wojtyła prohíbe que «el marido mire a la propia con lujuria». El trágico problema estriba en la conversión de esas consignas en arrebatacorazones, capaces de movilizar a los pueblos tras unas llamadas patrias o tras unas determinadas banderas y sectas intollerantes. Pues a fuerza de didactismo impregnado de moralina y de recursos demagógicos, se baraja la Historia de algunos pueblos con harta frecuencia y con resultados casi siempre estremecedores. Y hurgando más en ese mal nos encontramos con esa dominación sobre las masas ejercida por los fusiles, pero exteriorizada y hecha ideal por el sagrado verbo ridículo y vulgar de sus conductores. Es como si las teorías electrónicas del fallecido comunicólogo McLuhan, con su retorno del hombre a la existencia audio-táctil y a la sociedad de tipo tribal, quedaran aprisionadas por un primitivismo todavía más desnudo en el que los dictadores al uso y abuso de nuestra época nos obligarán regresar a la tribu a fuerza de simplezas vociferantes.

Lo trágico no es que el culo deba ser purificado en tres ocasiones como aconseja el Ayatollah o que nuestro paquete intersexual no mire con desdoro a la Meca como también dicta Jomeini. Lo terrible por sus consecuencias para el que escucha embozado es oír al Padre Escrivá: «Niño audaz, grita: ¡qué amor el de Teresa! ¡Qué celo el de Xavier! ¡Qué varón más admirable San Pablo! ¡Ah, Jesús,